

# Memorias en la sombra: La negación de las trabajadoras domésticas y su dignidad

**Eloísa Lamilla Guerrero**

Antropóloga, investigadora, elolamg22@gmail.com

<sup>1</sup> Partida(s) de defunción anotadas en los *Libros Necrológicos* que reposan en el Archivo de Bogotá y registran una a una las muertes en la ciudad de 1900 a 1938. Los números antes de los nombres corresponden a los registros consecutivos con los que se consignaban las muertes en las actas necrológicas, los cuales reiniciaban cada mes.

<sup>2</sup> Cepal, Naciones Unidas, "Trabajadoras remuneradas del hogar en América Latina y el Caribe frente a la crisis de covid-19 (ONU Mujeres, 2020), <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45724-trabajadoras-remuneradas-hogar-america-latina-caribe-frente-la-cri-sis-covid-19>.

**Julio 21 de 1900**

**144-Jiménez Rafaela.** Hija de Felipe Jiménez y Agustina Rodríguez, de cuarenta años, de Guatavita, soltera, sirvienta, murió hoy en el Hospital de tuberculosis pulmonar, según lo certificó el Dr. Herrera, L. León obtuvo licencia para Cementerio de Pobres<sup>1</sup>.

**Julio 1 de 1920**

**5-Bernal María Luisa.** Hija de Reinalda Bernal, de 22 años de edad, natural de Bogotá, soltera, oficios domésticos de profesión, murió hoy en el H. de S J de Dios de Bronconeumonía doble, eclampsia del embarazo según el certificado del Pract Luis J. Buenaventura, obtuvo licencia para la inhumación del cadáver en área. Teófilo Bernal (1 peso).

**Marzo 22 de 1930**

**291-Llanos Celedonia.** Hija de Pedro Llanos y Gabriela García, edad 93 años, natural de Bogotá, soltera, de oficios domésticos, murió el 21 del pte, a las 10:½ a.m. En la calle 13 #40 de Arterioesclerosis Senil, según lo certificó el Dr. Andrés Bermúdez, obtuvo la licencia para inhumar el cadáver en bóveda. E. Tobar.

Como estos, hay un gran número de partidas de defunción, consignados en los *Libros Necrológicos* que custodia el Archivo de Bogotá, que suman miles de historias de mujeres dedicadas a los trabajos del hogar y del cuidado durante las primeras décadas del siglo XX en la capital. Su hallazgo fue a la vez sorprendente y confrontante.

Las labores domésticas remuneradas y no remuneradas ocupaban los primeros lugares en las estadísticas sobre mortalidad por oficio en la ciudad, lo que da cuenta de la trascendencia e impronta que tienen estos trabajos para la sostenibilidad de la vida y el impacto en la economía y la sociedad en general<sup>2</sup>. No obstante, las personas dedicadas a estos quehaceres experimentaron y siguen experimentando una bruma de invisibilidad que se perpetúa hasta después de su muerte.

En el Cementerio Central de Bogotá, ubicado sobre la Avenida 26, yacen enterrados los *hombres públicos* y las familias de la élite criolla. Por su parte, al costado occidental quedaban los entierros y fosas de las clases trabajadoras y sectores vulnerables, que aparece registrada en los archivos como el **Cementerio de Pobres**. En el año 2000, este sector del cementerio fue clausurado. La prensa publicó notas y artículos sobre la escasez de bóvedas y el malestar generalizado por su cerramiento definitivo. Se generó un destierro de los muertos y sus dolientes y con ello llegó la ruina y olvido de este antiguo lugar funerario en el que aún hoy sobresalen cuatro de los seis columbarios que acogieron los restos mortales y las memorias de los habitantes de Bogotá.

Y si bien dentro de los "pobres" que fueron enterrados en este lugar, es decir, dentro de la población que no pertenecía a las élites económicas y sociales de la ciudad, se encontraba una extensa heterogeneidad de individuos, las trabajadoras del hogar de Bogotá y otras partes del país, tuvieron una presencia predominante en este espacio durante casi siglo y medio. Y, más aún, muy posiblemente, muchas de estas mujeres murieron por causas que se derivan de las condiciones de precariedad propias del lugar cargado de exclusión y violencias en el que tuvieron no solamente que ejercer sus labores, sino existir. Es posible plantear que, un alto porcentaje de trabajadoras domésticas fueron enterradas en el antiguo Cementerio de Pobres, tanto que podríamos afirmar que es el Cementerio de las "Sirvientas", protagonistas del lugar con quienes Bogotá y Colombia tienen una deuda histórica.

Pero, ¿por qué nadie se había percatado del protagonismo de estas trabajadoras del hogar en la historia de Bogotá y el país? ¿Qué implicaciones tiene para el presente la revelación de este invaluable acervo histórico y de su innegable presencia en la ciudad de los muertos? ¿Cómo contar estas historias sin reproducir las violencias y las vulneraciones sistemáticas que continuamente han sufrido estas mujeres?

Dichas preguntas me persiguen constantemente, sobre todo porque desde que encontré los libros necrológicos me sumerjo casi a diario en ellos. Este material histórico ofrece un amplio y complejo panorama de la muerte de las trabajadoras domésticas en la capital.

Leo y releo cada uno de los datos que ofrecen estos libros. Sus nombres y apellidos (es frecuente encontrar solo un apellido), los nombres de sus padres o si son desconocidos, sus edades, sus lugares de procedencia, el estado civil, sus profesiones (además de sirvientas y oficios domésticos, también registran lavanderas, cocineras y aplanchadoras), los hospitales, direcciones o barrios donde fallecieron, las causas de muerte y las zonas del cementerio donde fueron enterrados sus cuerpos. Cada uno

de esos registros es probablemente el último testimonio que existe de una mujer que dedicó su vida, su cuerpo y su salud a las arduas y menospreciadas labores del hogar y la familia. Y mientras las descubro también las nombro en voz alta para traerlas de vuelta, para invocarlas y no dejarlas morir en el olvido.

**Julio 22 de 1901**

**313- Díaz Rosa.** Hija de Manuel Díaz y Gregoria Bernal de cincuenta años (50) de edad natural de Bogotá, soltera, sirvienta, murió hoy en el Hospital de San Juan de Dios de "miseria fisiológica" según lo certificó el Dr. Lombana B. Dolores Peña obtuvo licencia para inhumar el cadáver en el Cementerio de área (1 peso).

**Diciembre 29 de 1934**

**563- Moreno Rosa María,** hija de Estefanía Moreno, de 20 años de edad, natural de Soatá, soltera, oficios domésticos, murió el 27 a las 6 p.m. en la Cra 10 #7-63 de herida perforante del tórax y de los miembros inferiores por instrumento cortante y punzante, según certificó el Dr. R Martínez quien practicó la autopsia ordenada por el Juez Pte. Pol. Nal. Obtuvo licencia para inhumar el cadáver en área. E. Tobar. (1 peso).

Entre lo escueto de la información me adentro en sus abismos y persigo retazos de existencia, de luchas y resistencias, e incluso de dolores y muertes. Eso que escucho son como poemas necrológicos que quiero volver carne y hueso. Armar las piezas con otros testimonios similares, que relatan de manera clara situaciones que siguen perpetuándose en el presente.

Las Rosas, como muchas otras mujeres, trabajaron buena parte de su tiempo sirviendo a otros, quizá desde muy jóvenes o incluso siendo aún niñas<sup>3</sup>. Con padres presentes en el documento oficial, pero a veces desconocidos figurando como NN o incluso de madres solteras que registraron a sus hijas con su apellido. Con pocos arraigos sociales y afectivos, y por eso gran parte de ellas eran solteras. Migrantes, provenientes de zonas rurales de Cundinamarca tanto como de otras partes del país. Mujeres segregadas y vulneradas en sus derechos. Seres humanos violentados por la sociedad, no

<sup>3</sup> La edad promedio en Colombia para iniciar las labores domésticas se estima entre los 9 y los 14 años, una cifra basada tanto en los datos que arroja el análisis de los *Libros Necrológicos* como en los testimonios recientes de mujeres trabajadoras domésticas.



solo en términos simbólicos, sino también físicos. Ubicadas en el escalón más bajo de la pirámide socioeconómica, con acceso limitado o incluso nulo a la vivienda, la salud, la alimentación y la educación, subsistiendo en situaciones de precariedad y pobreza. Y muriendo por diversas causas asociadas a las labores ejercidas al no recibir diagnóstico ni tratamiento oportuno.

Municipal, como registra en otras muertes violentas.

Las muertes de las Rosas fueron producto de crueldades y vejaciones humanas y es preciso nombrar y sacar del anonimato y del olvido los relatos de vida y muerte de tantas y tantas mujeres trabajadoras del hogar, que sufrieron y siguen sufriendo una vulneración sistemática hacia sus cuerpos, su salud, sus derechos, su memoria e incluso sus cadáveres.

*Es importante reconocer que cuando hablamos de trabajo doméstico no estamos hablando de un empleo como cualquier otro, sino que nos ocupa la manipulación más perversa y la violencia más sutil que el capitalismo ha perpetuado nunca contra cualquier segmento de la clase obrera<sup>4</sup>.*

A medida que escudriño este archivo de mujeres también comienzo a desenterrar mi propia historia personal y familiar con las trabajadoras domésticas. Un universo de mujeres, de diferentes edades y proveniencias, que ejercieron el rol del cuidado y asumieron toda la carga de las tareas del hogar como responsabilidades “naturalmente” femeninas y me criaron, me educaron y acompañaron a lo largo de mi vida, sobre todo luego de la inesperada muerte de mi madre. A Haidy, Yolima, Margarita, Gloria, Angelita, Marleni, Aura, Nancy..., a cada una de ellas les debo un agradecimiento y un reconocimiento, pero también una reivindicación por los actos de discriminación, estigma e invisibilidad de los que fui testigo e incluso partícipe.

Primera escena. Haidy llegó con nosotros del pueblo, ella rondaba la pubertad y yo tenía entre 6 y 7 años. Tenía una nariz aguileña y era de estatura baja, lo que me hacía imaginarla como un duendecito que me dejaba servido el desayuno a las 6 en punto de la mañana. Yo nunca la veía, solo encontraba el plato humeante sobre la mesa. Las únicas veces que recuerdo verla y no estar trabajando era cuando comía o cuando estudiaba, ambas actividades las realizaba en la cocina. La primera después de servirnos a mi familia y a mí en la mesa; y la segunda, todas las tardes frente al televisor. Algunas veces, me sentaba junto a ella para escuchar las clases, pero no entendía nada; ni las explicaciones que daba

el profesor desde la pantalla, ni la razón por la que Haidy no iba al colegio como yo.

Segunda escena. Haidy se fue a vivir con nosotros a otra ciudad, pero no duró mucho tiempo porque quedó embarazada y se fue, o la echaron, en la casa estaba prohibido que alguien trabajara si tenía bebé. Tiempo después llegó Yolima que tenía entre 25 y 30 años. Cuidaba mucho de sus uñas largas y afiladas y de su pelo largo y color azabache. Tenía un carácter imponente y autoritario. A veces no me caía bien porque me obligaba a comer cosas que no me gustaban y también me ponía a hacer algunas tareas u oficios de aseo personal, pero solo a mí, nunca a mis hermanos. Los viernes yo entraba un poco más tarde y Yolima solía despertarme con el estruendo de las melodías vallenatas a todo volumen de carácter sensibilisero, también llamadas *lloronato*. Recuerdo levantarme confundida e irritada por canciones como: *Uunn osito dormilón le regalé y un besito al despedirse ella me dio, ese fue el día en que yo más me enamoré, pero ahora mi alegría se acabó... Si me llegó a moriiiiir no la culpen a ella, culpen a mi corazón que se enamoró sin conocerla [...] Ahora, tarareo de memoria las letras que impregnaron buena parte de mi infancia.*

Tercera escena. Una anécdota familiar cuenta que cierto día, una falsa alarma de emergencia sacó a la luz lo que cada persona haría en esos casos. Hubo quienes desocuparon la nevera para tener provisiones. Otros abrieron la caja fuerte y guardaron joyas, dinero y títulos inmobiliarios. Alguien recogió los cachorritos que había tenido su mascota y los puso a salvo. Una tía alzó a sus hijas pequeñas y las llevó hacia el carro, no sin antes asegurarse de cerrar con llave la casa para evitar que la saquearan. Justo cuando iban a huir escucharon los gritos de una persona, era la trabajadora doméstica que mi tía había dejado olvidada y encerrada adentro de la casa.

Las trabajadoras de hogar son relegadas a vivir en la sombra. Encargadas de ejecutar las tareas vitales que sostienen a la sociedad como cocinar, limpiar, realizar

las compras, amparar el hogar, cuidar de niñas y niños, personas adultas mayores o con discapacidad, e incluso, tiempo atrás, ser nodrizas que amamantaban a los recién nacidos; pero negando sus derechos de ser tratadas con cuidado, respeto y dignidad. Relegadas a los espacios más fríos, más húmedos, oscuros y sombríos de la casa. Convertidas en sombras, que no alcanzan al estatus de ser consideradas personas, en un menosprecio siniestro a su humanidad.

No es fortuito que durante el confinamiento salieran a la luz varias historias de secuestro y de esclavización moderna, principalmente hacia empleadas de servicios domésticos en casas y edificios. Si bien, con la coyuntura del confinamiento se agudizaron las situaciones, cada una es un reflejo de los tratos perversos e inhumanos a los que son continuamente sometidas las personas que ejercen las tareas del hogar y del cuidado, y de cómo se amparan bajo la condición de ser remunerados, como si existiera algún valor por encerrar y subyugar a alguien.

Estas son algunas de las muchas zonas grises, de las sombras del trabajo en el servicio doméstico: confinamiento, soledad, crianza de niñas y niños ajenos, afectos no correspondidos, actividades desbordadas y horarios excedidos, ser el pilar que sostiene un hogar; pero no recibir el reconocimiento económico, afectivo, social y simbólico que ello merece.

Todo lo que cuento quizá suena familiar, pero nos negamos a verlo, o mejor, a discutirlo y encararlo. *Son historias de transacciones e incertidumbres que permanecen invisibles, tras las cortinas<sup>5</sup>.*

Repaso nuevamente los registros necrológicos para intentar develar las múltiples causas de fallecimiento de las trabajadoras domésticas, y seguir pistas para comprender ese trasegar que las convierte en una de las poblaciones más vulnerables a la enfermedad y la muerte crónica. Si bien, los padecimientos que se enlistan son innumerables, se pueden agrupar entre los siguientes. Infecciones respiratorias, que generalmente para la época pueden estar

<sup>4</sup> Silvia Federici, *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (Madrid: Traficantes de sueños, 2102).

<sup>5</sup> Viviana Osorio y Carmenza Jiménez, *Historias tras las cortinas. El trabajo doméstico en Colombia: entre transacciones, incertidumbre y resistencias* (Medellín: Escuela Nacional Sindical, 2019).

<sup>6</sup> Mensaje de la Escuela Nacional Sindical que acompañó la campaña por la conmemoración del Día internacional de las trabajadoras domésticas, marzo 30 de 2022.

asociadas a cocinar con estufa de leña y habitar en espacios húmedos y polvorientos sin ventilación. Malestares gastrointestinales, muy comunes y propagados por el alto riesgo de contaminación del agua potable y los alimentos en condiciones insalubres. Problemas renales por las extensas jornadas que tienen las trabajadoras sin tomar líquidos ni ir al baño. Afecciones del sistema inmune, como la artritis que es una de las mayores afectaciones que sufren las trabajadoras domésticas. Enfermedades del sistema circulatorio como obstrucción mitral y paro cardíaco por extenuantes jornadas, falta de ejercicio y de una alimentación balanceada. Además, de hernias por los esfuerzos desmesurados. De igual modo, las mujeres trabajadoras del hogar están mucho más expuestas a contraer epidemias, a sufrir accidentes y violencias. Sumado a ello, se evidencia un alto número de muertes vinculado con complicaciones durante el embarazo, el parto y el posparto, que hacen que estén entre las principales causas de muerte. Actualmente, se estima que también sufren de altos índices de estrés, ansiedad y depresión que ponen en riesgo su bienestar físico y psicológico.

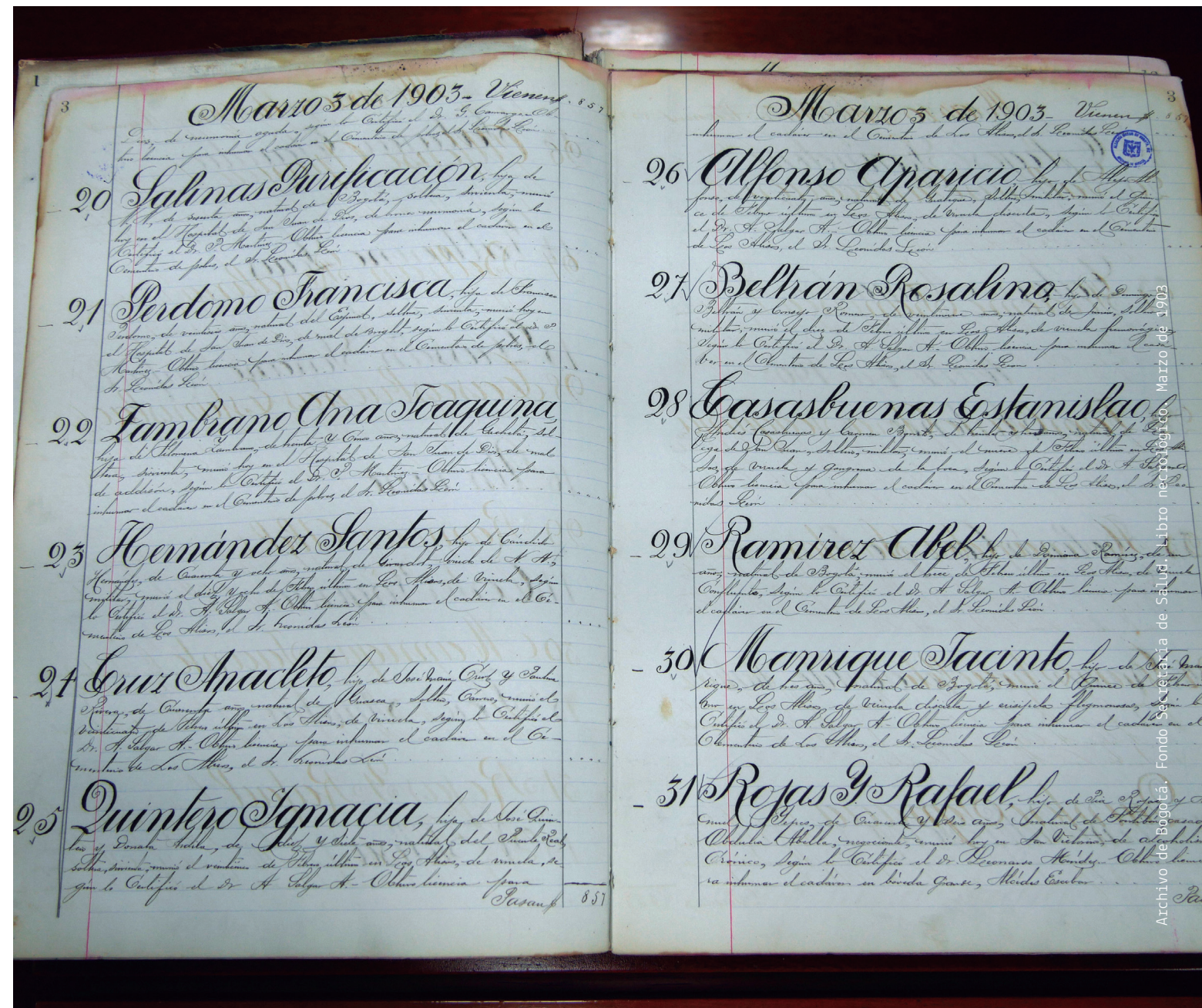
Las trabajadoras remuneradas y no remuneradas del hogar han desempeñado a lo largo de los siglos laborales en condiciones de exclusión social, en los que se acentúa la desvalorización económica y simbólica del trabajo doméstico, la denigración, racismo, los abusos laborales y sexuales, entre muchas otras situaciones que exponen permanentemente su salud emocional, física y mental.

Iluminar la invisibilización, (hacerla evidente), implica tanto volver la mirada a las vidas de estas mujeres, sus luchas, sus proyectos, sus afectos, como reconocer y cuestionar las condiciones estructurales a las que han tenido que sobreponerse.

Sin embargo, estamos ante un nuevo panorama que se despliega, uno en el que las mujeres del trabajo del hogar y del cuidado han decidido levantar la voz y organizarse para exigir que sus derechos sean hechos<sup>6</sup>. En Colombia y América Latina, cada vez son más los sindicatos

de trabajadoras domésticas que buscan dignificar los salarios, las prestaciones sociales y los tiempos de descanso, así como promover a través de reformas y leyes mejorías en las condiciones laborales, de seguridad social y pensional. Tanto el reconocimiento de las problemáticas como las transformaciones que se han producido son resultado de las luchas y demandas de las propias trabajadoras del hogar y no de los empleadores o la sociedad. Aun así, las deudas y brechas siguen siendo enormes.

Nuevos tiempos se avecinan y prueba de ello es que el segundo cargo político más importante de Colombia, la vicepresidencia, esté encabezado por Francia Márquez, una mujer negra, madre cabeza de hogar, desplazada, feminista, líder ambiental, abogada, quien también se desempeñó como trabajadora doméstica. Por fin, las mujeres que han sostenido desde su base la sociedad ocupan el poder para movilizar el cambio que tanto se necesita.



Archivo de Bogotá. Fondo Secretaría de Salud. Libro necrológico, Marzo de 1903